

Primera etapa ...

Pantaleón López Villanueva

Me contaba un amigo que, a veces, en su adolescencia tardía, después de que los intensos vínculos de unión del grupo de amigos se debilitaran, desbancados por los anhelos de experiencias individuales más íntimas y vitales, y tras percibir finalmente la embozada carga que supondría llevar una senda independiente y autónoma en el mundo al que había sido incorporado sin pedirle realmente permiso, en ciertos momentos entonces, sintió el deseo de salir de su propia piel y escapar de sí mismo corriendo, de volver atrás, de regresar al apacible útero materno a pensárselo un ratito más.

Pues bien, hoy me han dado a mí la oportunidad de salir corriendo hacia atrás en el tiempo, pero no me propongo llegar tan lejos, me aparearé de este viaje en mi infancia, en mi primera etapa escolar, aquella que un buen grupo de amigos compartimos con nuestro maestro D. Antonio Luque.

Nuestra aula se encontraba en la calle “Maestro Avelino del Peral”, a una distancia *enorme* del *inhóspito* recinto principal del colegio “Arturo del Moral”, donde se encontraban los mayores y otros niños de nuestra edad con los que, debido a *tamaña* distancia, no llegamos a relacionarnos demasiado.

En nuestra isla colegial había dos escuelas, la escuela de arriba y la de abajo, además había un comedor que utilizaban los niños que no vivían en el pueblo y los de Cabra en época de recogida de la aceituna, unos jardines con rosales que estaba prohibido tocar y árboles a los que estaba prohibido subirse. El edificio miraba a la calle a través de unas vallas metálicas infranqueables que nos separaban del mundo y nos defendían de los esporádicos intentos de invasión de los mayores. Don Antonio nos había aleccionado a defendernos de ellos como una piña y aquellas murallas ayudaban.

Detrás había un *espacioso* patio donde hacíamos gimnasia, que daba luz a los grandes ventanales traseros del aula, y que, dicho sea de

paso, a veces nos permitían hacer burla y dar envidia, cuando el maestro no nos veía, a los que esporádicamente se quedaban castigados sin recreo por no haber hecho los deberes o por cometer alguna trastada.

Enfrente había un *inmenso* solar con un largo poyato, varios pinos y mucha tierra, que por supuesto estaba allí para permitirnos hacer hoyos, tirarnos piedras, jugar al salto ruso y corretear unos detrás de otros y de otras.

La entrada al campo de fútbol, que era *grandísimo*, se encontraba entre el recinto principal del colegio y nuestra aula satélite particular y, junto a la tapia de éste, había una torreta de alta tensión adornada con un letrero en el que se podía leer “peligro de muerte”, y a la que respetamos hasta que descubrimos que los mayores la utilizaban para acceder al campo de fútbol cuando las puertas del mismo estaban cerradas o para realizar competiciones de escalada, acciones que no tardamos en imitar.

En la escuela de arriba se impartió clase durante los primeros años, pero más tarde se acabó reservando como lugar de ensayo de la antológica orquesta Sonimax, en la que el director de las escuelas, Don Juan Montes, participaba como teclista.

La escuela de abajo, sin embargo, estuvo llena de vida, porque allí, en nuestra isla, durante 4 años nos reunimos unos 40 niños y niñas, provenientes de Cabra, los Ciruelos, la estación de Cabra y la estación de Huesa, en la misma clase y con el mismo maestro.

En aquellos años, durante el recreo, unos señores llegaban y nos repartían leche gratis por encima de la valla metálica. Todos nos empujábamos y agolpábamos gritando “aquí!”, “a mí primero!”, con nuestros vasos levantados, en una escena que bien podría haber sido sacada hoy en día de un reportaje de un campo de refugiados si no fuera porque una vez teníamos nuestros vasos llenos, vaciábamos en ellos los paquetitos de Cola-caio y azúcar que nuestras madres preparaban cuidadosamente y traíamos de casa en los bolsillos o la carpeta, y, claro, a los ojos de cualquier observador, el aporte posterior de los dulces aliños restaría dramatismo a la escena.

Mi amigo, el de antes, me comentaba un día que la parte del cuerpo que se constituye en nuestro foco de atención va evolucionando de los pies a la cabeza conforme acumulamos años. Empezamos de bebés descubriendo que tenemos pies y que estos tienen en verdad una forma muy rara; después son las rodillas las que toman el papel principal, empezamos gateando y continuamos apoyándonos en ellas para nuestros juegos durante años; posteriormente el interés se traslada a la entrepierna, no hace falta creo entrar en explicaciones; más tarde el punto neurálgico es el estómago, nos gusta disfrutar de las buenas viandas y los buenos caldos con nuestra pareja y nuestros amigos; seguidamente es el corazón el centro de operaciones, y las relaciones afectivas ya hacia nuestra propia familia; finalmente, una vez ancianos, es nuestra cabeza y su memoria, la que nos permite irnos de recreo, escapar de un cuerpo que ya no nos obedece como quisiéramos, recordar los momentos y experiencias vividas y relatarlas a quien tenga la paciencia de escucharlas.

Pues bien, en aquellos años disfrutábamos aún con las rodillas y D. Antonio, al que esto le resultaba evidente, se preocupaba de pasarnos revista antes de entrar a clase: de rodillas, manos y uñas, y de mandarnos al lavabo cuando la mugre superaba el umbral admisible.

Alineábamos las carpetas por riguroso orden de llegada al recinto antes de entrar en clase; por mucha prisa que me diera la carpeta de Ángel “pistolillas” siempre era la primera.

El ritmo lectivo se seguía marcialmente, primero se explicaban las lecciones, luego se hacían ejercicios y finalmente se corregían, como en todos sitios; lo novedoso estaba en cómo se hacía todo, en la ilusión depositada en el arte de enseñar. D. Antonio cambiaba constantemente la organización del aula y la forma de impartir las clases, buscando la didáctica más divertida y eficiente.

Una de las más exitosas consistió en colocar los pupitres en grupos donde nos sentábamos por igual niños y niñas, unos enfrente de otros. Cada grupo adoptaba el nombre de un equipo de fútbol (menos el de “Rayo Vallecano”, que haciendo honor a su origen, el maestro reservaba siempre para sí mismo), nombraba un capitán y se preparaba para la “liga”. La pizarra se dividía en 2 partes y... comenzaba el partido: El Real Madrid contra el Valencia, los

capitanes elegían a su mejor jugador para cada asignatura; el que acertaba antes la respuesta a los ejercicios o preguntas recibía puntos. El número de puntos acumulado se canjeaba a final de mes por caramelos determinando también la posición del niño en la escuela, en qué grupo de pupitres se sentaba. Cuando las diferencias en las posiciones y, por ende, en el nivel académico de los distintos alumnos, eran apreciables, D. Antonio cambiaba la organización sentando a los niños y niñas más aventajados con aquellos que tenían más dificultades, para que despejáramos entre nosotros las dudas académicas utilizando nuestro propio lenguaje. Cuando conseguíamos los objetivos propuestos, teníamos buenas iniciativas o comportamiento, recibíamos un premio en puntos. Cuando vagueábamos o realizábamos alguna trastada, se nos castigaba.

El sistema era competitivo, sí, pero el maestro se ocupaba de que la competición fuese lo más sana posible, sin menosprecios ni burlas, aunque a veces costaba trabajo... ya se sabe como las han gastado siempre los críos.

Al terminar las clases, habitualmente nos dispersábamos del grupo escolar y nos reagrupábamos en el entorno de la calle o barrio, donde niños y niñas compartíamos juegos hasta bien entrada la noche: al fútbol, los matados, policías y ladrones, las cuatro esquinas, la rayuela, la comba... cuando no nos enzarzábamos en guerrillas a pedradas con calles o barrios rivales, porque para aquellos lances las niñas no estaban normalmente invitadas, aunque alguna vez también tuvimos nuestra Juana de Arco.

Recuerdo que en aquellos tiempos se emitían en televisión entrañables series de dibujos animados y de películas como “Pipi Calzaslargas”, “La piedra blanca”, “Vicky el vikingo”...., y Antonio Ruiz, mi hermana, Ascensión y yo, en ocasiones Ramón “el Bollero”, Mari Carmen Puerto Cejudo, y alguna vez que otra Begoña, invadíamos durante la noche el Colegio Arturo del Moral y pasamos largos ratos encaramados en nuestra nave vikinga particular: un árbol situado en la esquina de la calle que conduce a la piscina y que por fortuna aún permanece allí milagrosamente después de todos estos años.

Cuando cumplíamos años teníamos que llevar caramelos para el resto de la clase, y D. Antonio nos daba un suave tironcito de orejas por

cada año, mientras todos en la clase coreábamos el número de éstos. Lo mejor era cuando los cumplía él, porque la cantidad de caramelos que recibíamos y de tirones de orejas que le propinábamos, ya no tan suavécitos, se multiplicaba en proporción.

De vez en cuando organizábamos concursos de canciones al que todo el mundo tenía que inscribirse bien en solitario o en grupo, y por supuesto ensayar, porque algunos se tomaban aquello muy a pecho. Toda la clase actuaba posteriormente de jurado.

Las clases de manualidades eran divertidas y variadas. Los motivos se elegían de forma acompañada con las festividades del año; el maestro siempre nos planteaba nuevas actividades para celebrar el día del padre, de la madre, la llegada de las distintas estaciones, la Semana Santa, la Navidad, etc; y así, poco a poco fuimos llenando nuestras casas de dibujos, manteles, casitas de madera y objetos variopintos.

Antes de vacaciones de Navidad escribíamos nuestra carta a los reyes Magos, y estos sabios Magos nos contestaban!!. Cada uno de nosotros recibía una carta de Melchor, Gaspar y Baltasar, según el caso, con matasellos de ¡la Plaza de Oriente (de Madrid)!, en las que se hacía un repaso de nuestras virtudes, pero también de nuestras travesuras, y lo asombroso es que las conocían todas, claro, por algo eran magos!!.

Al volver a clase todos teníamos que llevar los juguetes que nos habían echado para enseñarlos a los demás y jugar con ellos colectivamente. Mis juguetes, como los de la mayoría, no eran precisamente los más sofisticados, pero aquella jornada de ofrenda “juguetil” sucedía de una forma muy natural y de hecho no recuerdo haber sentido envidia alguna, aunque sí curiosidad por conocer las buenas acciones que algunos niños habían podido llevar a cabo para ser obsequiados de aquella manera.

El curso terminaba con la entrega de los diplomas y la representación de obras de teatro que previamente preparábamos a conciencia (“El médico a palos”, “Los tres alpinos” etc.) y que aún muchos recordamos.

Aunque no han pasado tantos años, la situación era bien distinta a la actual: las permanencias, que eran como extensiones del horario escolar financiadas por los padres de los alumnos en dinero o especie, en teoría voluntarias, en la práctica no tanto, permitían a los maestros aliviar su entonces maltrecha economía, y estaban a la orden del día; el castigo corporal se consideraba aún algo intrínseco al arte de enseñar.

Nosotros vivimos las permanencias. Alguna vez que otra, las menos, recibimos un cachete, nos castigaron, pero sobre todo, sobre todo... aprendimos divirtiéndonos.

Recuerdo, como anécdota, que nuestro maestro se ausentó una vez durante varios días; nos trasladaron al recinto principal del colegio y nos repartieron entre varias clases. En la que a mí me tocó, un alumno “nativo” le preguntó a la maestra: “Señorita, ¿me puedo quedar de silencio?” “Sí, anda” le respondió, sin levantar los ojos de la revista o periódico que estaba leyendo en aquellos momentos. Entonces cogió una regla de madera maciza y comenzó a pasear entre los pupitres manteniendo a raya, regla en mano, a todo aquél que se atrevía a hablar o moverse demasiado. Nos dimos cuenta que no en todas las clases se seguían los mismos métodos de enseñanza, y deseamos profundamente volver a nuestro refugio cuanto antes.

No sé si sería por aquél ambiente de enseñanza dinámico y abierto en el que nos estábamos criando o por otra causa, pero lo cierto es que un día Antonio Ruiz y un servidor nos planteamos publicar una revista en la escuela. Rondábamos entonces los 10 años, creo. Era el año de la muerte de Franco; nuestro maestro nos dijo que eso era complicado, que había que obtener un permiso especial previamente, así que ni cortos ni perezosos, sin decirle nada a nadie, ni a él, ni tan siquiera a nuestros padres, le escribimos al ministro de Educación y Ciencia solicitando su aprobación. Lo bueno del caso es que éste nos respondió en una carta con membrete oficial y letra gótica, que llegó a mi casa y que ambos guardamos celosamente durante mucho tiempo. Me consta que hubo alguna indagación oficial para averiguar si allí se estaba cociendo algo raro y me temo que esto pudo causar algún contratiempo a D. Antonio y al director del colegio, nada serio afortunadamente (espero).

En nuestra aula, aquel grupo de niños fuimos creciendo juntos y conociéndonos, ¡nos conocemos desde hace tanto tiempo! y eso se nota aún. La mayoría ya no vivimos en el pueblo, pero a veces nos reencontramos en época de vacaciones y nos saludamos con cierta mirada de complicidad, otros por desgracia no se dejan ver desde hace mucho; Paquito desafortunadamente tampoco, porque un aciago día cayó enfermo y al poco tiempo se nos fue, aunque muchos seguimos teniéndolo presente en nuestra memoria.

A todos, D. Antonio nos guió durante aquella primera etapa escolar, y al terminar ésta se nos marchó, con Carmen, su dulce esposa, y su hijo Antonio; como había llegado, sin ruido, regalándonos a todos un libro con una dedicatoria personalizada que muchos aún guardan, y dejándonos en las buenas manos de un trío de profesores (D. Antonio Linde, D. Alberto y Dña. Juanita) para que tomasen el testigo y continuasen conduciéndonos por nuestra segunda etapa; pero ésta es ya otra historia...



1ª fila (de izquierda a derecha).

Andrés Martínez, Ramón López, Antonio Ruiz, Quinito, Ascensión, Paquita Aznar, Magdalena Sánchez, Cantisano, Raimundo, Juan José y Alberto García.

2ª fila (ídem anterior).

Paquito, Rafael Tello, Basilio Fdez. Hermoso, Antonio González, Carmen López Villanueva, Carmen Cano, Encarnita Cardenete, Begoña, Ana María, Antonio M. López Bailón y Marciano.

3ª fila (ídem anterior).

Pedro Montavez, Jerónimo Lara, Angel, _____, Ramón Perea, Blas Hermoso, Pantaleón, Diego, Rafael Fdez. Quesada, Tiscar y Cesáreo.